

EL ELEFANTE: UN CASO PARADIGMÁTICO EN LA HISTORIA DEL CONTACTO ENTRE LAS CULTURAS DE LA INDIA, GRECIA Y ROMA

Introducción: en el extremo del mundo

En su tratado *De caelo* -298a-, Aristóteles recurre a un curioso argumento a favor de la esfericidad de la tierra: si hay elefantes tanto en el extremo occidental del mundo conocido -las Columnas de Hércules- como en el extremo oriental -la India- eso prueba que ambas regiones son en realidad cercanas en el espacio. El argumento era, según señala el filósofo mismo, opinión difundida en su tiempo, lo que da una idea de la fuerza con que el magnífico animal había impresionado la imaginación de los hombres de la antigüedad. Esa impresión, fundada en su tamaño superior al de todos los animales terrestres, hace que Plinio, cuando inaugura el libro octavo de su *Historia Naturalis*, reserve el primer lugar para el elefante:

Maximum est elephans proximumque humanis sensibus, quippe intellectus illis sermonis patrii et imperiorum obedientia, officiorum quae didicere memoria, amoris et gloriae voluptas, immo vero, quae etiam in homine rara, probitas, prudentia, aequitas... (HN, 8,1)

El animal más grande y más próximo a los sentidos humanos es el elefante: ellos tienen inteligencia, obediencia a las órdenes y lenguaje de su país, memoria de los trabajos que han aprendido, deseo de amor y gloria, y por otro lado virtudes que son raras incluso en el hombre: bondad, prudencia, moderación...

El primer lugar entre los animales no se debe en realidad más al tamaño que a una llamativa proximidad a lo humano, que lo ubica en una posición aventajada para relacionarse con el hombre, posibilitándole en consecuencia un papel activo en la historia de la civilización. Este hecho puede verse con mayor claridad yendo a las fuentes literarias sánscritas, en donde las referencias al elefante superan a las de cualquier otro animal.

El lugar destacado que ocupa el elefante, entonces, nos ha sugerido la posibilidad de que siguiendo sus huellas, por así decirlo, podremos conseguir un conocimiento respetable de las culturas que tuvieron relación con él, dar con una entrada a la inconmensurable producción literaria de la India, y revisar también el nacimiento de la relación entre dos de las más brillantes culturas del mundo antiguo. En efecto, los diferentes períodos de la cultura de la India pueden ser

Por lo demás hay coincidencias y parecidos en las ideas y en la forma de ver que se dan a partir de datos ciertos (pongamos por caso los transmitidos por un viajero que fue al lugar, y tuvo un juicio relativamente imparcial sobre cosas extrañas), o de un parentesco que es causa de afinidades -se trata al fin y al cabo de pueblos indoeuropeos- a pesar de la distancia. Pero hay también formas de pensar, de percibir, de nombrar, que se parecen por el simple hecho de que quienes las experimentaron o formularon tienen en común el pertenecer a la humanidad.

La India, el elefante y el mundo occidental

El primer conocimiento concreto de la India que hay en la antigua Grecia parte de la conquista de ese país por Darío (fin del siglo VI - comienzos del V a.C.), documentada en los antiguos documentos persas y en Heródoto. La zona denominada "India" comprende en principio el río Indo (antiguo indo-iranio *sindhu*, antiguo persa *hindu*, y griego jónico Ἰνδός) y sus cercanías; sólo más tarde, por ejemplo en las referencias de Heródoto, India comprende regiones más allá del dominio persa.

El marfil se conocía en Grecia desde edad temprana, en los períodos minoico y micénico -en éste ya como *eléphas*-. En el siglo V los griegos parecen no tener idea concreta sobre el animal del que proviene; Heródoto menciona elefantes en África, pero no los describe. Los Aqueménidas, más tarde, importaban marfil de África y la India. Fue Ctesias, médico griego de la corte del rey persa Artajerjes II, en donde permaneció del 405 al 397 a.C., el que introdujo el elefante para los griegos (*fr.* 45, 7 y 45b; Eliano, *Natura Animalium* 17, 29), y pese a su mala reputación, y a las críticas de Aristóteles, no lo describió del todo mal: cuenta que los usan para tirar árboles, para hacer la guerra, para la caza, y otras cosas que quizás tengan algo de verdadero en relación con lo que creían los propios indios.

Los primeros conocimientos griegos sobre la India

Homero

La atribución de un cierto conocimiento de la India en Homero es hoy, fuera de toda duda, considerada como un error que viene repitiéndose hasta estudios recientes. La propuesta fue hecha cuando aún se pensaba que la palabra sánscrita *yavana* (jónico, o sea griego) contenía la *digamma*, por lo que en la India tal palabra habría existido antes del 800 a.C., época en que la *digamma* desapareció del dialecto jónico; esto implicaría un contacto anterior incluso a Homero. Sin embargo la *v* sánscrita es resultado de un desarrollo local, o quizás se deriva de la voz semítica *yawan*. También está prácticamente descartado un origen indio para la palabra ἑλέφας (*marfil*), más probablemente relacionada con Egipto.

Es muy poco probable que las menciones de India y cosas indias en los poe-

EMILIO F. ROLLIE

mas homéricos se deriven de un conocimiento directo, idea que tiene su origen en afirmaciones de Lassen¹, y que todavía hoy persiste. Sin embargo no hay argumentos nuevos para apoyar tal conocimiento, y es muy difícil que la palabra *ἐλέφανς* se derive del sánscrito *ibha* (al que se habría añadido el artículo semítico *el*²). La forma *ἐλέφανς* está atestiguada en micénico, en el Lineal B (*e-re-pa, e-re-pa-to/te*), y a través de excavaciones se pudo confirmar que el marfil era conocido allí, aunque probablemente no el animal del que provenía. La cercanía de Egipto y Grecia, y el mutuo conocimiento que ambos pueblos tenían desde el período minoico, son elementos que hacen más difícil pensar que el marfil llegara de una región tan lejana; la voz griega, por otro lado, fue también relacionada con el nombre egipcio *ebu*. El argumento de que también esta palabra puede haber sido tomada del sánscrito no tiene sentido: los egipcios no habrían tomado un nombre extranjero para un animal que conocían bien, pues en la época de las primeras dinastías aún existían allí elefantes salvajes.

En los poemas homéricos no aparece el elefante, aunque sí el marfil que se extraía de él. Numerosos pasajes de ambas epopeyas mencionan objetos de ese material; en *Odisea*, por ejemplo, se lo trae a cuento para comparar con él la blancura del cutis femenino (la comparación, que pasó a formar parte del lenguaje universal de la poesía, se refiere en esta cita a la belleza que Atenea le concede a Penélope):

λευκοτέρην δ' ἄρα μιν θῆκε πριστοῦ ἐλέφαντος (*Od.*, XVIII, 196)

la hizo más blanca que el cortado marfil.

Por otro lado, los etíopes del Este mencionados en *Odisea*, que más tarde Heródoto sitúa cerca de la India o en la India misma, son puramente fabulosos, puesto que en época de Homero, muy anterior a Heródoto, la esfera del conocimiento geográfico abarcaba, como distantes, las costas del Este del Mediterráneo y quizás nada del interior de Asia menor, como el Mar Negro. Sólo mucho más tarde surge la confusión entre India y Etiopía.

Esquílax

Los primeros datos ciertos que Occidente tiene de la India se deben a Esquílax de Carianda, quien aparentemente escribió en griego, siendo quizás uno de los primeros autores en hacerlo en prosa. Su obra, de la que sobreviven pocos fragmentos, consiste en un registro de pueblos y lugares conocidos en el marco de la expedición hecha por Darío al río Indo, entre el 519 y el 512 a.C., en la que Esquílax participó. El libro era probablemente un *periplus* del viaje por el Indo,

¹ Lassen, 1847, citado por Karttunen, 1989, p. 103.

² Benary, 1831, citado en Karttunen, 1989, p. 105.

las costas de Arabia y Egipto. De los cinco fragmentos que quedan, cuatro parecen referirse a la India: mencionan la zona montañosa en el alto Indo, plantas, etc. Uno, conservado por Aristóteles, trata de la gran diferencia entre un rey indio y sus súbditos (*Pol.* 7, 13, 1). Filóstrato preservó fragmentos que hacen pensar que Esquílux es el padre de todas las leyendas occidentales sobre los pueblos fabulosos de la India.

Esquílux murió cerca del 480 a.C. Su libro, desaparecido en época muy temprana -quizás inexistente ya en el período helénico-, lo señala como un importante precursor de la etnografía jónica.

Hecateo

Hecateo de Mileto, nacido 560-550 a.C., fue mucho mejor conocido que Esquílux en el mundo griego, pero su libro, *Periegesis*, fue poco leído. Calímaco y Eratóstenes lo estudiaron en la biblioteca de Alejandría, en donde se hizo la primera colección sistemática de libros, y fue aparentemente muy usado por Heródoto. Esta última relación llevó a concluir a muchos estudiosos que el libro de Hecateo se ubicaba, por su contenido, en los campos de la historia y la geografía. La observación directa de los fragmentos (374 en total) deja ver que se trataba más bien de una lista de pueblos, lugares y algunas etimologías, en la que por lo demás no se contenía mucha información. La mayoría de esos fragmentos se conservan en el *Lexicon* de Stephanus de Bizancio, y por otra parte están quizás recortados a la medida de la información que le interesaba a este último autor -además no existe el texto completo de Stefanus, sino un resumen-.

Heródoto

Nacido en 480 a.C. en Halicarnaso, es el primer autor de historia y etnografía cuyo texto ha llegado intacto. Su información sobre la India es la primera que se conserva en Occidente sobre dicho país, que define como el extremo límite del mundo habitado por hombres, más allá del cual hay sólo desierto (y que la tierra habitada estaba delimitada por desiertos era un lugar común en la literatura de la época). Ya para Heródoto "India" no se refiere sólo al río Indo y sus alrededores, sino que abarca regiones ubicadas más al sur. Él nunca visitó la India o algún lugar cercano; la fuente en que se basa es principalmente el texto de Hecateo, y quizás también Esquílux, aunque de ciertos datos se desprende que no conocía el trabajo de éste último. Los estudios modernos tienden a indicar también fuentes persas, afirmando que no siempre es necesario considerar a Esquílux como la autoridad de la que en última instancia derivan todos los datos³.

Habla de elefantes en muchas ocasiones (3, 20, 1; 3, 97, 13; 4, 191, 13; etc.), pero no de origen indio, sino etíope, y por lo demás no los describe; sólo dice, por ejemplo, *ἐλεφάντας ἀμφιλαφίας* (elefantes enormes -3, 114-).

³ Karttunen, 1989, p. 78-79.

EMILJO F. ROLLIE

Ctesias

Ctesias de Cnidos es uno de los más controvertidos autores griegos antiguos que escribieron sobre la India. Fue médico de la corte del rey persa Artajerjes II, en donde permaneció del 405 al 397 a.C. Su obra, *Indiká*, se conservó principalmente en el resumen incluido en la *Biblioteca* de Focio de Constantinopla. A partir de su predilección por lo maravilloso, Ctesias tenía ya entre los antiguos cierta fama de mentiroso y fabulador; pero hoy en día los investigadores consideran que debe ser juzgado menos severamente, intentando distinguir entre la cuota de invención personal y el elemento maravilloso proveniente de cuentos populares que circulaban ya en la antigüedad, y de los que él llegó a tener conocimiento. Su valor está en haber conservado muchas tradiciones orientales, debido justamente a que le faltó la actitud escéptica de Heródoto, que filtró todos los datos con el tamiz de la *interpretatio graeca*. Por otro lado, debe tenerse en cuenta que los autores antiguos sólo mencionaban sus fuentes para criticarlas, como hace por ejemplo Aristóteles, que evidentemente recurrió a Ctesias para la referencia a animales indios, pero sólo lo menciona para criticarlo.

Así, en *De generatione animalium*, el filósofo menciona a Ctesias para señalar que es falso lo que había dicho acerca del esperma de los elefantes: que al secarse se endurece y se vuelve como el ámbar (G. A., 736a; H. A., 523a):

Κτησίας γὰρ ὁ Κνίδιος ἔπειρὶ τοῦ σπέρματος τῶν ἐλεφάντων εἶρηκε φανερός ἐστὶν ἐψενόμενος. φησὶ γὰρ οὕτω σκληρύνεσθαι ξηραίνόμενον ὥστε γίγνεσθαι ἠλέκτρῳ ὅμοιον. (G. A., 736a)

Pero este dato fantástico, que como sabemos no concuerda con la realidad del mundo natural, guarda una curiosa semejanza con datos de fuentes indias, algunos de ellos bien conocidos por los griegos. Megástenes tenía información, de hecho, sobre la existencia de cierto fluido que es exudado por las sienas de las hembras en su época de celo (fragmentos en Strab. 15, 1, 41-43; Arr., *Ind.*, 14).

Según las fuentes indias son los machos los que segregan dicho fluido por las sienas cuando están en celo, y además por otras partes del cuerpo (ojos, paladar, orejas, ombligo, pene, trompa, tetillas y pelos del cuerpo - *Mātāṅgalīlā*, IX, 5-). Ese líquido, que en sánscrito se llama *mada* (palabra que significa a su vez "intoxicación", "ebriedad"), intoxica a los animales y los enfurece. Es común en la poesía la imagen de los elefantes con las sienas cubiertas de abejas, que los siguen atraídas por esa sustancia.

Por otra parte en la poesía sánscrita se menciona que los elefantes tienen perlas en la cabeza, es decir objetos preciosos que, como el ámbar, provenían o tenían un origen mítico en la India⁴:

⁴ En cuanto al origen indio de las perlas ver Arriano, *Ind.*, 8, 8. Sobre el origen *ultra Indiam* del ámbar ver Plinio, *H. N.* 37, 40.

*Paḍaṃ tuṣārasrutidhautaraktam yasminnadrṣṭvāpi hatadvipānām /
Vidanti mārgaṃ nakharandhramuktairmuktāphlaiḥ kesariṇām kiratāḥ //
(Kālidāsa, Kumārasambhava, 1, 6)*

*Allí los montañeses, aunque no ven las huellas de los leones que han ma-
tado elefantes, ya lavada la sangre por la caída de la nieve, reconocen su
rastros por las perlas desprendidas del hueco de sus uñas.*

Según el comentario de Mallinātha, el gran exégeta de Kālidāsa, a ese verso, son ocho las fuentes de donde se extraen perlas: nubes, elefantes, peces, bambúes, jabalíes, serpientes, almejas y ostras, siendo las originadas en estas últimas las más comunes. En el comentario de su edición, Kale agrega que en el caso de elefantes se trata de los ejemplares más grandes, y que es usual la descripción en poesía de la escena de las perlas adheridas a las uñas de los leones cuando los hieren con ellas en las sienes.

Como se puede ver, la operación que hizo Ctesias al relacionar un fluido sexual masculino (el semen) con un objeto afín a las piedras preciosas (el ámbar), no es única. En la India el fluido exudado por los machos (*mada*) está directamente relacionado con esa otra especie de piedra preciosa (la perla), si bien no en una relación causa-efecto, como en el caso de Ctesias, sino de contigüidad. Cualquier fluido sexual del macho podría ser malinterpretado como "semen", y a partir de allí habría que encontrar una explicación racional para esos objetos duros y preciosos. En sánscrito, por lo demás, la palabra *mada* significa también "semen"⁵.

Si la idea de que el elefante podía originar perlas en su cuerpo tiene la antigüedad suficiente (y es posible que tal creencia que se remonte al más lejano pasado), no es difícil entender que es poco el trecho que la separa de esa otra idea: que a partir de su semen se originaba ámbar. Quizás en este caso, como en otros, Ctesias malinterpretó e hizo además una reinterpretación de su cosecha para explicar algo que había escuchado sobre la India.

De Alejandro en adelante

Los cuatro autores mencionados hasta aquí son la principal fuente de información sobre la India para el período clásico de Grecia. Las referencias a esa región se hacen presentes también en Esquilo, Sófocles, Jenofonte; pero en autores más tardíos como Eurípides y Aristófanes el silencio sobre el tema es completo, de modo que se vuelve evidente que la India había perdido popularidad en cuanto a su imagen de país rico y exótico.

Esta situación cambió con la campaña de Alejandro, en la que participaron, como no podía ser menos tratándose de un discípulo de Aristóteles, muchos

⁵ En el artículo correspondiente, Monier-Williams (*Sanskrit English Dictionary*, p. 777) señala ese significado en los lexicógrafos nativos (*Amarasimha, Halāyudha, Hemacandra*, etc.)

EMILIO F. ROLLIE

hombres de orientación científica y literaria. Los libros escritos por éstos dieron nueva vida al papel de la India en el conocimiento y la imaginación de los occidentales, ya que proporcionaron información de primera mano sobre la parte noroeste del país, y aun más allá. Los historiadores de Alejandro, de cuyas obras sólo quedaron fragmentos, fueron el origen de una amplia literatura, en griego primero y después en latín, en la que junto con el asunto de la campaña se divulgaron datos sobre el país y sus habitantes; ello vino a fortalecer, en suma, el nexo entre Oriente y Occidente.

Muchos fueron los que incorporaron información valiosa: los hombres encargados de medir las distancias recorridas por el ejército, el historiador oficial de la expedición, Calístenes, Cares, Nearco, Onesícrato, Aristóbulo. Su importancia para la historia de la imagen de la India que se formó Occidente reside en que por un lado brindaron nuevo material, cronológicamente cercano, además, a nuestras mayores autoridades sobre la cuestión, y por otro en el hecho de que, conociendo la literatura anterior, se definieron en relación con ella polemizando o quedando en acuerdo. La recolección de datos llevada a cabo por filósofos, historiadores, botánicos, geógrafos, etc. fue decisiva para la posteridad (Aristóteles no llegó a aprovechar todo esto, según se refleja en sus referencias a la India, todas evidentemente anteriores a la campaña).

Después de la muerte de Alejandro, India permaneció en la esfera política helenística; pero con el nacimiento del imperio Maurya, el dominio de Grecia en el noroeste del país, y un poco más tarde en el bajo Indo, terminó. Este nuevo poder, que llegaría a dominar una India unificada, estableció con Occidente relaciones diplomáticas, alrededor de las cuales se desarrolló una intensa labor literaria.

La fuente más importante en esta etapa es Megástenes, embajador seléucida en la corte Maurya. Su obra, *Indiká*, fue, junto con las de los historiadores de Alejandro, el principal abrevadero sobre las cosas de la India para la literatura posterior. Los abundantes fragmentos de su libro permiten ver que contenía una importante cantidad de información directa, no sólo sobre la región noroeste, sino sobre la India ya en un sentido amplio. Para su estudio debe tenerse presente que, siendo griego, escribía aún sujeto a las convenciones de la literatura etnográfica griega.

Poco se sabe de las subsiguientes embajadas helénicas, ya que Megástenes, quizás por la calidad literaria superior de sus escritos, se impuso como autoridad indiscutible. Sólo a partir del siglo I a.C. y el período imperial se conservan intactos trabajos sobre la India, pero el país que describen es el mismo en general que el de Megástenes y Alejandro, y sus exponentes carecen del prestigio literario de sus predecesores; los textos de Diodoro, Estrabón y Arriano, sin embargo, brindan un panorama bastante completo de la producción anterior.

Megástenes se refiere a los elefantes en el imperio Maurya (Estr. 15,1,42 s -

fr. 20b-, 52 -*fr.* 31- y 55 -*fr.* 32-; Arriano, *Indiká*, 13 s, Diod. 2, 42). Describe la caza del animal y algunas particularidades -*fr.* 20-, y al elefante de guerra -*fr.* 31-, que según dice lleva al conductor y a tres arqueros. Se menciona también que el rey indio cazaba a lomos de un elefante -*fr.* 32- (confirmando una información de Ctesias). Todos los animales pertenecían al estado. Nearco anota que aunque era la montura real, su uso no era exclusivo del rey, y los nobles y los ricos también los tenían.

El método para atrapar elefantes salvajes es descrito detalladamente en las fuentes clásicas, y en general se corresponde bien con los conocimientos en la India tardía. Los métodos que se mencionan son dos: 1- con la ayuda de elefantes domesticados, 2- atrayéndolos a un espacio cercado por medio de hembras de su especie. Solamente se cazan animales jóvenes (Eliano. *N. An.* 4, 24), dato que coincide con lo enunciado en el *Kauṭīlīya arthaśāstra*, texto fechado entre el 300 a.C. y el 300 d.C.⁶: se deben cazar los elefantes de veinte años de edad (*vimśati-varṣo grāhmaḥ* - *Kauṭ.*, 2, 31, 9-). La manera descrita por los autores occidentales (cavando un foso y encerrando allí a los animales salvajes) se corresponde bien con las fuentes indias (Megást., *fr.* 20ab en Arriano 13-14; Estr. 15, 1, 41-43; Eliano 12, 44; Plinio 8, 8, 25; Arist. *H. An.* 6, 18, 571b-522a). Se menciona además una manera india para domesticarlos con música (Meg. *fr.* 20; Arriano, 14, 3; Estr. 15, 1, 42).

Los elefantes de Taprobane se nombran en muchas fuentes clásicas como mayores y mejores para la guerra. Onesícrito (*fr.* 13 en Plinio 6, 23, 80) y Eratóstenes confirman la presencia de elefantes en la isla (en Estr. 15, 1, 14). El fragmento de Megástenes sobre este lugar no dice nada al respecto, pero parece que Plinio lo ha resumido demasiado. A partir de allí la isla es considerada como lugar de grandes elefantes, y se la menciona así en la literatura.

La próxima parada es Aristóteles. Éste se valió, además de Ctesias, de alguna otra fuente, como se pudo ver con un examen cuidadoso de los materiales. La última información con que contó fue la que le llegó cuando Alejandro adquirió los primeros animales al luchar contra Darío en Gaugamela. Aparentemente el estagirita vio uno, que Alejandro habría enviado a Atenas. Sus numerosas referencias en distintas obras (*Historia de los animales*, *Sobre la generación de los animales*, *Partes de los animales*, etc.) corrigieron algunos errores persistentes (como el de que sus patas eran rígidas, que sin embargo sobrevivió hasta la Edad Media), pero no la exageración con respecto al período de gestación -que se estimaba en 2 años-; Onesícrito (*fr.* 14, en Estrabón 15, 1, 43) da un período de 10 años (dato que toma Plauto, *Stichus*, 168-169); Megástenes indica, correctamente, un período de 16-18 meses. La longevidad de los elefantes fue muchas veces exagerada: Onesícrito habla de una edad de 300 y hasta 500 años (*fr.* 14, Estr. 15, 1, 43); Filóstrato (*Vita Apolonii*, 2, 12) dice que el elefante de Poro, que luchó contra Ale-

⁶ Edgerton, 1985, p. 2.

EMILIO F. ROLLIE

jandro en la India, vivía en el siglo I, a los 350 años. Arriano da 200 años (*Ind.*, 14, 8), pero dice que la mayoría muere antes por accidente. En la tradición india, el límite común es 120 años (*Mātaṅgalīlā*, 5, 23), cifra ya conocida en Europa en época de Schlegel, y es en general corroborada por la experiencia.

Aristóteles menciona que los elefantes son fácilmente domesticados (*H. An.* 1,1, 488 ab), y también a los kornacas indios (6, 18, 511 bf). En el libro noveno, considerado espurio por muchos, se habla del uso para la guerra y para la caza.

Según Pausanias (1, 12, 3), Alejandro fue el primer europeo en adquirir elefantes; éste quedó maravillado con su potencial en la guerra, aunque su punto débil quedó a la vista en la batalla contra Poro -allí se volvieron contra sus propias filas, causando estragos-. El recuento de los elefantes que reunió Alejandro en sus ejércitos, siguiendo a Arriano, da un total de unos 200 ó 300.

Aunque se conocían los elefantes africanos (más chicos y fáciles de domesticar, pero de una variedad hoy extinguida), la India fue siempre considerada como el mayor productor de elefantes (Diodoro, 2, 35). En su información sobre los pueblos indios, Plinio (6, 21, 63 ss.) arroja datos sobre los ejércitos, probablemente derivada de fuentes helenísticas: el número mayor de animales está entre los reyes del Este (y un número mayor de caballos en el Oeste). Según la tradición india, los pueblos orientales eran particularmente expertos en la guerra con elefantes: es probable que después de la batalla contra Poro, que en realidad tenía pocos, los griegos se hayan visto amedrentados.

Con los elefantes indios se importó en occidente el *Gajaśāstra*, conjunto de conocimientos muy antiguos relativos al elefante, y por mucho tiempo los conductores para los animales fueron traídos de India.

La causa de que curiosamente las fuentes clásicas hayan visto al elefante indio como más grande que el africano, siendo en la actualidad al revés, es que los Ptolomeos y los cartagineses usaban los elefantes del bosque de la región de Atlas y Etiopía, que eran menores que los de la sabana. Aunque hubo otras fuentes en donde conseguirlo, el origen indio del animal nunca fue olvidado: la palabra más común en el mundo helenístico para *mahout* era precisamente *Ἰνδός*, al lado de otras palabras usadas ocasionalmente, como *ἐλεφαντιστής* y *ἐλεφαντάγωγος*; el monopolio de los *mahouts* indios se acabó cuando, con Ptolomeo, se vio que los animales obedecían también órdenes griegas (al principio se creía que sólo entendían el lenguaje indio -Eliano, 11, 25; 4, 24 y 13, 22-. Las fuentes indias hacen hincapié, por lo demás, en que al animal se lo debe enseñar preferentemente en lengua sánscrita: *karmopakramikāśca saṃskṛtapadaiḥ saṃśikṣayet-Mātaṅgalīlā*, 12, 9-).

Los primeros elefantes que vieron los romanos fueron los de Pirro (*elephantos Italia primum vidit Pyrri regis bello*, Plinio VIII, 16). Pirro era hijo de Aiácides, rey de Epiro, que fue expulsado de su reino por enemigos en el 317 a.C.; en el 297, con ayuda de Ptolomeo I, recobró el trono de su padre, y en el 280 invadió

Italia con 25.000 soldados y 20 elefantes (Plutarco, *Pyrrhus*, 15, 1) para ayudar a la colonia griega de Tarento contra los romanos. Esos elefantes eran probablemente de origen indio, y provenían del contingente de animales que participaron en las guerras de Alejandro. Pero a pesar de la sorprendente máquina de guerra el intento de Pirro no tuvo éxito; y ese fracaso marcó el futuro del paquidermo en Occidente, en donde no tuvo mayor historia militar: todo iba bien cuando se enfrentaban dos ejércitos provistos de elefantes; pero la caballería, con tácticas adecuadas, pudo con ellos (como sucedió en la misma India con la llegada de los musulmanes). Su mejor momento fue en el tiempo de los primeros reinos helenísticos. Los seléucidas usaron elefantes contra Roma en Magnesia, el 120 a.C. Después de la declinación de los seléucidas los elefantes se volvieron raros, y los que se veían provenían de África. Arriano (*Tactica*, 19) afirma que en el siglo II sólo indios y etíopes usaban elefantes de guerra⁷. En la Edad Media fueron enteramente olvidados, como se ve en lo poco fiel de las ilustraciones; sólo dos se mencionan en Europa. Recién en el siglo XVI los portugueses volvieron a importarlos.

Cuando no estuvo el elefante como emisario de la India, estuvo allí el hombre: la domesticación es una relación que no concierne sólo al animal, y los indios fueron los reconocidos maestros en el arte de adiestrarlos y manejarlos. Los elefantes de que disponía el ejército cartaginés, y que lucharon en varias ocasiones contra los romanos (en Panormos, 251 a.C., Metauro, 207 a.C., y la campaña de Aníbal, en la que participaron 58 elefantes, 218 a.C.) eran de origen africano. Sus conductores, los kornacas o mahouts, eran sin embargo indios (Polibio, 1, 40, 15; 3, 46, 7 y 11; 11, 1, 12).

El nacimiento de Roma significa la decadencia del elefante de guerra en Occidente. La importación masiva llevada a cabo por los romanos fue la causa de la extinción del elefante de la región del Atlas⁸, y así desapareció la posibilidad de sostener aquella idea, abrazada por Aristóteles, según la cual el hecho de que en los dos extremos del mundo hubiera elefantes probaba algo con referencia a la forma de la Tierra.

Este lugar del elefante en la cultura se refleja también en las muy ocasionales referencias de la poesía latina, limitadas casi exclusivamente al marfil, y su utilización en objetos de lujo. La comparación del marfil con la piel de una mujer está en Marcial (V, 37, 5), autor que, enemigo declarado de todo adminículo postizo, consigna la utilización de ese material en la dentadura femenina (I, 72, 3-4). Se puede decir que en el mundo occidental el elefante nunca pasó de ser lo que es hoy en día: un animal de circo.

En realidad, ya estaba todo dicho en la batalla contra Pirro, cuando los prácticos romanos, sobrepuestos al terror inicial que tales inauditas máquinas de

⁷ Citado en Karttunen, 1997, p. 198.

⁸ Carrington, p. 192, en Karttunen, 1997, p. 198.

EMILIO F. ROLLIE

guerra les habían infundido, espantando a los caballos con su olor y los estridentes sonidos que producían, dieron con una solución al problema:

Gaius Numicius quartae legionis hastatus unius proboscide abscisa mori posse beluas ostenderit. (Floro, Epit., I, 13)

Gallo Numicio, lancero del primer orden de la cuarta legión, había mostrado que se podía matar a las bestias cercenándoles la trompa.

Mano y trompa

En la India -no necesariamente sólo lo que es hoy en día, sino la India como territorio de una identidad cultural homogénea- el lugar que ocupa el elefante es por supuesto mucho más elevado en todo sentido, como que es el animal que más que ninguno la representa ante sí misma y ante el mundo, y en consecuencia la literatura sánscrita saca de él un partido notabilísimo (empezando por metáforas y comparaciones poéticas, religiosas, morales y filosóficas). En Grecia y Roma las personas no dejaron de maravillarse por este animal, y es en el fondo de ese maravillarse en donde está el punto en común, la coincidencia en la mirada sobre el elefante. Los pueblos indoeuropeos que migraron hacia el subcontinente indio durante el segundo milenio antes de Cristo (si es que fue así), pusieron un nombre a ese animal a partir de su rasgo más saliente: la trompa. Mucho más tarde el erudito Plinio, siguiendo a otros autores griegos y latinos anteriores a él, se refiere a ese miembro de la misma forma. Hombres de diferentes civilizaciones, en épocas diferentes, reflejaron en su lenguaje la situación cercana a la del ser humano que asignaban al elefante entre todos los animales: la trompa de éste fue denominada, con una metáfora que rápidamente se lexicalizó, *manus*, *Χεῖρ*, *hasta* (la palabra sánscrita debe pronunciarse aspirando la *h*, pero no necesita ser traducida).

Los arios del período védico conocieron y nombraron al elefante como *mrga hastin* -el animal que tiene una mano (trompa)-. Más tarde, cuando se dice que la familiaridad con él desdibujó la extrañeza del comienzo⁹ se lo conoció sencillamente como *hastin* "el que tiene trompa", o, aún después, y significando lo mismo, como *karin* (derivativo secundario de la raíz verbal *KṚ* -latín *creo*-, siendo el derivativo primario *kara* "mano", cuyo significado literal es "que hace").

Ya dentro dentro del periodo inaugurado por la invasión de Alejandro a la India, en el que por primera vez llegaron a Grecia datos recogidos a partir de la observación directa, Aristóteles comparó la trompa con una mano. En el tratado *De partibus animalium* hay un estudio especial sobre la trompa, a la que el sabio

⁹ Sobre esta idea ver, por ejemplo, A. Macdonell, 1962, p. 125.

llama, con característica precisión científica, “proboscis” (XVI, 658b, 27 - 659a, 38). Esa nariz, “el miembro más particular de todos los animales”, es única por su tamaño. Es como una mano (*καθάπερ χειρὶ χρώμενος*-659a-), por lo que le sirve para llevar su alimento a la boca, tanto sólido como líquido. La utiliza también para tirar árboles, abrazándolos con ella. Como es un animal tanto de tierra como de agua, el largo de la trompa es adecuado a los fines de la respiración, especialmente cuando está en el agua: eso significa que es en realidad una nariz (*μεν, μυκτήρ ἐστὶν ἢ προβοσκίς τοῖς ἐλέφασιν*), que por su carácter peculiar recibe una denominación específica. Le sirve además como pie delantero, que los cuadrúpedos pueden utilizar como una mano, y no solamente para soportar el peso del cuerpo. La particularidad del elefante es que su peso es tan grande que los pies delanteros sólo le sirven de soporte, y necesita de otro apéndice.

Pero la palabra *Χεῖρ* significa en primera instancia mano de hombre, de manera que cuando Cicerón, un espíritu más inclinado al humanismo que a las ciencias naturales, trae a cuento la *manus*, lo hace para referirse a la herramienta con la que el hombre edificó su cultura. En *De natura deorum*, II, 150, 151 y 152, hay en boca de Lucilio Balbo, el personaje que representa la doctrina estoica, un discurso de carácter exclamativo sobre esa verdadera maravilla que es la mano del hombre: la delicada articulación de los dedos hace posible la ejecución tanto de obras artísticas como de trabajos productivos; la mano es la que ha dado al hombre el dominio de la naturaleza, haciendo posible la manipulación de sus fuerzas -sembrando, cosechando, construyendo diques, etc.-. La mano, en fin, le ha permitido la edificación de su mundo:

nostris denique manibus in rerum natura quasi alteram naturam efficere conamur. (De nat. deor., 2, 152)

Por último: sobre el mundo de la naturaleza intentamos, por medio de nuestras manos, erigir algo así como una segunda naturaleza.

Ya Anaxágoras había señalado que la superioridad del hombre sobre los demás animales se debía al hecho de tener manos (en Aristóteles, *De part. An.* IV, 10, 687a); lo que nos interesa en el diálogo de Cicerón es que hay además una referencia al elefante y su *manus*: unos párrafos antes de la cita anterior, mencionando lo que la naturaleza le ha proporcionado a cada especie animal según sus necesidades, Balbo menciona que

manus etiam data elephanto est, quia propter magnitudinem corporis difficiles aditus habebat ad pastum. (De nat. deor., 2, 123)

al elefante le ha sido dada una mano, porque, debido a la magnitud de su cuerpo, alcanzaba su alimento con dificultad.

EMILIO F. ROLLIE

Apoyando esa cercanía a lo humano tenemos que, habiéndose enunciado la superioridad de los sentidos del hombre con respecto a los de los animales inferiores -2, 145-, el estoico interlocutor no habla del elefante como adecuado para montar sobre él, ni para llevar cargas, como lo hace de otros cuadrúpedos, sino que se refiere al provecho que saca el hombre de sus “agudísimos sentidos” -2, 151-. Eso está de acuerdo con el juicio hecho anteriormente (1, 97-98): *elephanto beluarum nulla prudentior*.

Arriano, autor griego tardío cuyo texto se conserva completo, llama al elefante *θυμόσοφος* (sabio) - *Ἰνδικά*, 14, 4-, y relata, entre otras anécdotas memorables, la de un animal que, después de matar a su kornaca en un momento de cólera, murió de arrepentimiento. Este autor se basó en Megástenes, *fr.* XXXVI -en *Estr., Geog.*, XV, 1, 42, en donde se dice que el elefante, por su naturaleza, está cerca del animal racional (*λογικῶ ζῴω*).

Esta visión del animal como próximo en varios aspectos al hombre se corresponde con la visión de su tierra de origen, en donde basta como ejemplo la figura de Ganesa, el dios con cabeza de elefante, que es una de las divinidades más populares del hinduismo moderno; representa la sabiduría y la prudencia, y es, según el mito, el escribiente al que el fabuloso Vyasa encargó la copia del *Mahābhārata*, el inmenso poema épico que según los indios contiene todo lo que existe, no existiendo aquello que no contiene.

En el capítulo VIII del *Mātaṅgalīlā* (*El juego de los elefantes*), tratado cuya antigüedad es por lo menos de 1000 años, o quizás mucho más¹⁰, se asignan al animal diferentes tipos de carácter, y se los tipifica de la siguiente manera: los que tienen carácter de dios son hermosos, huelen como el loto blanco y el sándalo; los que lo tienen de demonio cometen actos reprensibles, les agrada luchar, tienen olor a pescado, etc; luego de otros varios tipos se los clasifica de acuerdo a la casta (*varṇa*) con la que guardan similitud, llevándose a cabo un estudio del elefante bajo el modelo tradicional en que estaba estructurada la sociedad india: un animal con el carácter del *brāhmaṇa* es puro, perfumado como con leche, miel, manteca, flores de mango, es amigable y pacífico, etc.; uno con carácter de *kṣatriya* (individuo perteneciente a la casta guerrera) tiene olores más fuertes y es valiente en el campo de batalla; el que corresponde al *vaiśya* (de la casta de comerciantes y artesanos) es paciente, amable y pacífico; si, en cambio, tiene un olor acre, es cobarde y desagradecido, entonces tiene el carácter de uno de la cuarta casta, no aria -volveremos sobre esto-, cuyo único deber es obedecer y servir respetuosamente a las otras tres: la casta de los *śūdras*.

La civilización del valle del Indo

Así como se consideró que la plebe romana se había formado a partir de los primitivos habitantes del Lacio, y el patriciado a partir de los indoeuropeos que

¹⁰ Edgerton, 1985, p. vii.

habían invadido Europa occidental a mediados del segundo milenio a.C.¹¹, algo muy similar fue planteado cuando se comenzó a estudiar el origen del pueblo indio y la organización de su sociedad. Desde los comienzos de la indología europea se estableció que las tres primeras castas, las que los propios indios llaman “arias”, estaban constituidas por la población indoeuropea que había arribado al país por el norte, también a mediados del segundo milenio a.C., aproximadamente, y la cuarta, no aria, correspondía a la masa de aborígenes. Así fue cómo el concepto de “ario”, que para los indios era de índole religiosa, pasó a identificarse con el componente racial (blanco)¹².

Estudiando la relación entre el hombre y el elefante en las épocas más remotas se hace visible, más que la ruptura y la discontinuidad, la discriminación entre los negros y los blancos y otras cosas por el estilo, una identidad cultural y una continuidad que llega hasta el presente (aún hoy en día la relación del hombre con el elefante es en India la que se da en el trabajo cotidiano).

La denominación del animal a partir de la sorpresa inicial causada por su trompa nos conduce, como ya se indicó, a la cuestión de la presencia de los indoeuropeos en la India, cuestión debatida, si las hay, y aún no esclarecida completamente.

Los pueblos que, siguiendo la teoría de la invasión aria a la India, habían sido víctimas de los guerreros semi-nómadas llegados del norte, fueron en un principio una masa anónima. La filología védica los identificó en general como de origen dravídico, con ciertos rasgos peculiares que se diferenciaban u oponían a los rasgos de la cultura indoeuropea. Los más destacables de estos elementos eran la piel negra, el culto a las deidades femeninas, terrestres, el culto fálico, el estar establecidos en ciudades fortificadas. Los indoeuropeos, por otra parte, traían consigo un panteón de deidades mayormente masculinas, celestiales, con Indra, un dios de guerreros conquistadores, a la cabeza, no adoraban representaciones plásticas de sus dioses, se movían en carruajes de guerra, no estaban asentados en fortalezas, y su piel era blanca.

Pero la idea de una invasión indoeuropea a la India, al menos de tales características, fundamentada como está en la interpretación del *Rg Veda* que produjo la mirada colonialista de los europeos, está pautada por prejuiciosos modelos ideológicos, y por lo tanto no es, quizás, más verdadera que el famoso hombre de Piltdown.

¹¹ Opinión de Sergi, reseñada en Lapieza-Elli, 1981, p. 47.

¹² Ver en el diccionario de Monnier-Williams, *sub voce* varṇa, y también en Griswold, 1999, p. 47-52. Que esa lectura no es inocente se advierte, por ejemplo, leyendo la historia de la literatura sánscrita de Macdonell, en donde se da por sentado que los invasores arios esclavizaron a los pobladores nativos (p. 129). En la introducción del libro el autor se muestra sorprendido por la falta hasta ese momento (1899) de un obra de esa índole en lengua inglesa, siendo que tal cosa era de importancia principal para el manejo de “our Indian Empire” (p. iii). La idea de una invasión y dominio por la fuerza resultaba naturalmente cómoda, ya que ofrecía un prestigioso antecedente histórico, a la mentalidad colonialista del hombre blanco.

EMILIO F. ROLLIE

Ya en el siglo XX un nuevo descubrimiento revolucionó las concepciones sobre este antiguo período, a la vez que la escena de las civilizaciones antiguas en general: en 1921 John Marshall, un inglés, sacó a la luz en las orillas del río Indo, lo que hoy es Pakistán, las huellas materiales de una civilización extraordinariamente sofisticada y antigua. Lo que se conoce ahora como la Civilización del valle del Indo, cuyas ciudades principales son Harappa y Mohenjo Daro, floreció entre los años 3000 y 1800 a.C., aproximadamente, y se la considera una de las grandes culturas antiguas, como la egipcia, la mesopotámica y la china, aunque de edad un poco menor. Esta cultura, que ocupaba un territorio notablemente extenso, había sido principalmente urbana: sus construcciones eran de ladrillos, constando de dos pisos muchas de las viviendas particulares; las ciudades responden a planificaciones esmeradas, con un trazado de calles sumamente organizado; la administración del agua es uno de los puntos más sobresalientes, así como el hecho de que las casas tenían el baño en el interior.

Los hombres que habrían visto llegar a los arios védicos y habrían sufrido su conquista y la exterminación de su cultura empezaron a tener a partir de este descubrimiento una identidad: quedaba claro quiénes eran esos enemigos -los *dasyus* védicos- de estirpe no aria, y cuáles eran las fortalezas a las que se refieren los himnos del *R̥g Veda*. Pero una lectura más crítica y actualizada de los hechos¹³ sugiere que no es conveniente hacer retroceder la fecha de la llegada de los indoeuropeos, que usualmente se concibe entre los años 1500 y 1000 a.C., hasta el 1800 en que desapareció la cultura del Valle del Indo. Dicho enfoque no deja de reparar también en que todas las referencias que se tomaron tradicionalmente como hechos históricos no son claras, y que son ante todo de índole literaria -los himnos védicos-. De hecho, Renfrew afirma que no existen datos concretos de que haya habido jamás una invasión, ni huellas de un final violento debido a una sola causa, sino un proceso complejo en el que intervinieron causas diferentes. Los indoeuropeos podrían haber penetrado en el subcontinente indio unos 6000 a.C., con la agricultura, fecha que coincide con la expansión de los cereales en Europa.

El lenguaje que hablaba esa cultura se conserva en el testimonio de su escritura, grabada en los numerosísimos sellos de barro encontrados hasta ahora; pero esa escritura permanece, sin embargo, indescifrada. La naturaleza del lenguaje que hablaban esos antiguos hombres es un problema candente, ya que no se sabe si era de tipo indoeuropeo o no. Muchos intentos de desciframiento llegan a la conclusión de que se trata de una lengua de tipo dravídico, es decir no indoeuropea, pero ninguno de estos esfuerzos se puede considerar exitoso todavía. Podría perfectamente tratarse de una antigua lengua indoeuropea, lo que echaría por tierra la teoría, aún prestigiosa, de la invasión en el segundo milenio antes de Cristo.

¹³ Colin Renfrew, 1990, cap. 8.

Los partidarios de esta teoría han hablado de una contraofensiva de la población vernácula, que empezó tempranamente a avanzar sobre sus conquistadores, introduciendo en su cultura muchos aspectos novedosos. Algunos de estos elementos serían la disciplina yóguica -en un sello aparece la imagen de un hombre en postura típica e inconfundiblemente meditativa-, la figura del dios Shiva -que de no existir en el *R̥g Veda* pasó a ser una de las primeras deidades del hinduismo¹⁴, etc.

Dentro de la cuestión de la identidad de la cultura india sucedió que el elefante fue objeto de una aguda riña filológica. A partir de la línea de conducta marcada por el gran indólogo alemán Roth, el elefante, por ser considerado un animal no indoeuropeo, fue excluido del *Veda*, hasta que más tarde Pischel le devolvió el lugar que le pertenecía, encontrándolo, además de como *m̥rga hastin* y *varaṇa*, con el nombre de *ibha*, no atendido hasta ese momento. Fueron los partidarios de la invasión quienes propusieron que los recién llegados arios habían llamado al elefante de una manera que delataba su sorpresa¹⁵ -"el animal que tiene como una mano"-, hasta que después, andando el tiempo, quedaron en un más familiar "que tiene una mano -trompa-".

Lo cierto es que la asociación del hombre y el elefante se remonta a una gran antigüedad: los huesos desenterrados en Mohenjo Daro y las representaciones realistas y familiares en los sellos de los sitios del Indo indican la existencia de una relación estrecha y amistosa. Parece seguro que esta civilización usó al elefante como medio de transporte y para otros propósitos: en una representación hallada en estos sitios se ve al animal con una línea que va desde lo más alto del lomo hasta la parte delantera; y como la piel del animal no está dispuesta de manera que esa marca sea natural, lo que parece evidenciarse es cierto tipo de arreo. En otro sitio de Harappa un elefante está representado con lo que parece un manto sobre su espalda. Las palabras *gaja* y *mātaṅga*, nombres también del elefante en la literatura sánscrita, han sido relacionadas con palabras pre-arias de la India.

Modernamente, entonces, se acepta que la fauna del *R̥g Veda*, el documento literario más antiguo de los indoeuropeos -casi sin excepción-, es esencialmente la misma que la de la literatura clásica sánscrita, con lo que queda establecida una importante continuidad cultural¹⁶.

Así, por ejemplo, el elefante aparece en un himno dedicado a Indra:

¹⁴ Para M. Eliade, 1991 p. 256, se trata de la primera representación plástica de un *yogin*; el "Gran Dios" también está en postura yóguica.

¹⁵ La cuestión de la patria originaria de los indoeuropeos fue muy debatida, buscándose el emplazamiento en principio a partir de evidencia lingüística. Las localizaciones propuestas apuntan a diferentes zonas de Europa o Asia. Ver F. Villar, 1971, p. 39-45.

¹⁶ Sobre esta disputa y el papel del elefante en ella, Renou, 1928, p.10, 45-46.

EMILIO F. ROLLIE

*sūra upāke tanvaṃ dadhāno vi yatte cetyamṛtasya varpaḥ /
mṛgo na hastī taviṣīmuṣāṇaḥ siṃho na bhīma āyudhāni bibhrat //*
Ṛg Veda, IV, 16, 14

*Has puesto tu cuerpo, tu forma de inmortal, extendido junto al sol;
te cubriste de poder como un elefante, llevaste tus armas como un fuerte
león.*

Otros versos del del *Ṛg Veda* en los que se menciona al elefante son: I, 64, 7, dedicado a los Maruts; VIII, 33, 8, a Indra; X, 40, 4, a los Aśvin; VI, 4, 1, a Agni; etc. En IX, 57, 3 se compara a Soma con el “obediente rey de los elefantes” (*ibho rājeva suvataḥ*), siendo el significado literal del adjetivo “dócil a las órdenes”, lo que habla claramente de la domesticación.

Esa presencia continua del elefante a través de miles de años contribuyó a la formación de una identidad cultural, y por eso es que en sánscrito, la lengua que dio a la cultura india su histórica cohesión, la presencia del animal es igualmente destacada. Así, por ejemplo, existe un adjetivo femenino que compara el torneado muslo de la mujer con la trompa del elefante: con el sustantivo masculino *karabha* -trompa de elefante- y el sustantivo, también masculino, *ūru* -muslo-, se forma el compuesto posesivo *karabhorū* (como en *Gītagovinda*, XI, 5), que puede traducirse como “mujer de muslos -bien torneados- como la trompa del elefante”.

Aún siendo un animal es para los fieles del hinduismo ejemplo de devoción: la única vez que Viṣṇu desciende al mundo, aparte de sus *avatāras*, es para salvar al rey de los elefantes cuando estaba cautivo de un monstruoso cocodrilo (historia que tiende probablemente a mostrar la capacidad de los animales de obtener la salvación)¹⁷.

La constante referencia que el lector de la literatura sánscrita encuentra en la poesía y la prosa, en las que se toma al elefante como ejemplo de fortaleza, energía, sabiduría, prudencia y muchas cosas más (la reflexión filosófica acudió a él porque su prestancia física fue adecuada para expresar la materialidad de las cosas), tiene su razón de ser en el papel relevante del animal en los asuntos del hombre. Si en Occidente el uso militar fue cada vez menor, en la India fue cada vez más prominente: en el período medieval no se concebía un ejército sin elefantes, así como no se concebía una selva sin tigre o un reino sin rey.

Los griegos y romanos creyeron que la India estaba situada en uno de los extremos del mundo, lo que quedaba probado porque allí existían elefantes (lo mismo que en el otro extremo, y si ambos estaban cercanos o no es algo de menor importancia). Los indios, como es natural, consideraban que vivían en el centro del mundo, en *Jambudvīpa*, uno de los siete continentes que rodean el

¹⁷ La interpretación es de Jaini, 2000, p. 254, citada por M. Saindon, 2003, p. 96.

monte Meru, el centro mismo, sobre cuya cima de oro y gemas se derramaban las aguas del Ganges celestial, giraban los planetas y brillaba la estrella polar. Las cuatro caras de la montaña se orientaban a los cuatro puntos cardinales, cuyos guardianes eran los *diggajas*, *disāgajas*, *diinagas* o *digvaranas*, los elefantes de las regiones.

Conclusión

El elefante de la India constituye un tema óptimo para seguir la historia de los primeros conocimientos y contactos entre India y las culturas clásicas del Mediterráneo. Estudiando hasta qué punto coincidían las visiones sobre ese animal, señalado entre todos por su evidente particularidad, cuáles eran las diferentes actitudes del hombre hacia él, los usos a que lo destinó como animal domesticado, es posible conocer mejor al hombre mismo. Las actitudes en relación a lo propio y lo extraño se hacen visibles con total claridad en este caso: los indios, que tenían al elefante como algo propio de su cultura por una larga historia en la que animal y hombre trabajaron juntos -o, dicho de otro modo, el elefante es uno de los principales hilos del tapiz que forma la cultura india-, produjeron alrededor de él una inagotable literatura (científica, mitológica, lírica). Griegos y Romanos, para quienes el elefante representó lo extraño, lo monstruoso venido de los bordes del mundo para producir horror y maravilla, tuvieron un interés más que nada científico y militar, actitud práctica común en la relación que el Occidente mantuvo siempre con lo que consideró "lo otro".

Emilio F. Rollié

UNLP - UBA

somasharman@yahoo.com.ar

BIBLIOGRAFÍA

A) Crítica

- Auboyer, Jeanine. *La vida cotidiana en la India antigua*, Buenos Aires, Hachette, 1967.
- Banerji, Sures Chandra. *Flora and Fauna in Sanskrit Literature*, Calcutta, Naya Prokash, 1980.
- Bhattacharji, Sukumari. *The Indian Theogony*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1988.
- Chakravarti, P.C. *The Art of the War in Ancient India*, Delhi, Karan Publications, 1987.
- Edgerton, F. *The Elephant Lore of the Indus*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1985.
- Eliade, Mircea. *El yoga. Inmortalidad y libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Gordon Childe, V. *New Light on the Most Ancient East*, London, Routledge and Kegan Paul, 1952.
- Griswold, H. D. *The religion of the Rig Veda*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1999.
- Hopkins, E. W. *Epic Mythology*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1986.
- Karttunen, K. *India in early Greek literature*, Studia Orientalia, edited by the Finnish Oriental Society, 1989.
- *India and the Hellenistic World*, Studia Orientalia, Helsinki, edited by the Finnish Oriental Society, 1997.

EMILIO F. ROLLIE

- Lapieza-Elli, Angel. *Historia del derecho romano*, Buenos Aires, Cooperadora de Derecho y Ciencias Sociales, 1981.
- Macdonell, Arthur. *A History of Sanskrit Literature*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1962.
- Mc Crindle, J. *Ancient India as described in Classical Literature*, Delhi, 1979.
- Monier-Williams, Monier. *A Sanskrit-English Dictionary*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1999.
- Renfrew, Colin. *Arqueología y Lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona, Crítica, 1990.
- Renou, Louis. *Les maîtres de la Philologie Védique*, Paris, Librairie Orientaliste Paul Gethner, 1928.
- Saindon, Marcelle. "La légende de la délivrance de l'éléphant (gajendramoksa). Thème littéraire et iconographique", en *Bulletin D'études Indiennes*, n° 21, 2003, pp. 71-97.
- Singh, Sarva Daman. *Ancient India Warfare with special reference to the Vedic Period*, Leiden, E.J. Brill, 1965.
- Tola, F-Dragonetti, C. "India y Grecia antes de Alejandro -I-", Madrid, en *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 1998; -II-, id., 1999.
"India, Grecia y Roma de Alejandro a Augusto -I-", Madrid, en *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 1999; -II-, id., 2000.
- Vettam Mani. *Puranic Encyclopaedia*, Delhi, Motilal Banarsidass, 1979.
- Villar, Francisco. *Lenguas y pueblos indoeuropeos*, Madrid, Istmo, 1971.
- Winternitz, Maurice. *History of Indian Literature*, Delhi, Munishram Manoharlal, 1972.

B) Fuentes citadas

1) Griegas

- Aristóteles. *Aristotelis de generatione animalium*, rec. H. J. Drossaart Lulofs, Oxonii, Oxford Classical Texts, 1965.
Historia Animalium, with an Engl. Transl. by A. L. Peck, 1-2, London, Loeb Classical Library, 1965-70.
Parts of Animals, with an Engl. transl. by A. L. Peck; *Movement of Animals, Progression of Animals*, with an Engl. Transl. by E. S. Forster, London, Loeb Classical Library, 1937 (rev. repr. 1961).-
- Arriano. *Indica*. ed. and transl. G. Wirth and v. Hinüber, Zürich, 1985.
- Eliano. *Natura animalium: on the characteristics of animals*, ed. y trad. A.F. Scholffeld, 1-3, London, Loeb Classical Library, 1958-59.
- Estrabón. *The Geography of Strabo*, with an Engl. transl. by H. L. Jones, 1-8, London, Loeb Classical Library, 1917-32.
- Ctesias. *La Perse, L'Inde. Les sommaires de Photius*, ed. R. Henry, Bruxelles, Office de publicité, 1974.
- Diodoro. *The library of History of Diodorus of Sicily*, ed. y trad. C.H. Oldfather, 1-3 London, Loeb Classical Library, 1933-35.
- Filóstrato. *Vita Apollonii: Philostratus, The Life of Apollonius of Tyana*, tr. y ed. F.C. Conybeare, London, Loeb Classical Library, 1960.
- Homero. *Homeri Opera*, rec. B. Munro y T. Allen, Oxonii, Oxford Classical Texts, 3-4: 1917-19 (1967-66).
- Megasthenes. *Fragmenta* collegit E.A. Schwannbeck, Amsterdam, Adolf M. Harret, 1966.
- Pausanias. *Description of Greece*, tr. and ed. W.H.S. Jones, London, Loeb Classical Library, 1955.
- Plutarco. *Plutarch's lives. IX Pyrrhus*, tr. and ed. B. Perrin, London, Loeb Classical Library, 1950.

2) Latinas

- Cicerón. *De natura deorum*, ed. by H. Rackham, London, W. Heinemann Ltd., 1961.
- Floro. *Epitome of Roman History*, tr. and ed. E. Seymour Forster, London, Loeb Classical Library, 1947.
- Marcial. *Epigramaton libri*, J. Izaac, Paris, Les Belles Lettres, 1934.
- Plauto. *Stichus*, éd. de M.A. Ernout, Paris, Les Belles Lettres, 7 vol., 1932 a 1940 (vol. 8, 1938).

- Plinio. *Natural History* in ten volumes with an Engl. Transl. by H. Rackham, London, Loeb Classical Library, 1938-52 (reimpr. 1967-68).

3) sánscritas

- *Kauṭīliya Arthaśāstra*. a critical edition with glossary, R.P. Kangle, University of Bombay, 1960.

- *Mātangaḷīla* of Nīlakaṇṭha. Ed. with notes by T. Ganapati Shastri, Trivandrum, Travancore Government Press, 1910.

- *Kumārasambhava* of Kalidasa. Ed. with the commentary of Mallinātha, ed. and tr. by M.R. Kale, Delhi, Motilal Banarsidass, 1995.

- *Rg Veda*. Ed. N. S. Sontake and C. G. Kashikar, Poona, 1951.

RESUMEN

La historia del conocimiento que el mundo mediterráneo, primero Grecia y luego Roma, tuvo de la India, comienza en forma paulatina con la llegada, por ejemplo, de objetos de marfil. A partir de la expedición de Alejandro, tiempo en el que ya circulaban fantásticas historias, vinieron las cosas reales, como el elefante, que no dejaron menos pasmados a los occidentales. Un seguimiento de las actitudes de ambas culturas en relación con el elefante ayuda a comprender la mentalidad de una y otra, y también la situación histórica en que experimentaron el contacto.

PALABRAS CLAVE: India, Grecia, Roma, elefante, contacto intercultural

ABSTRACT

The history of the knowledge that the Mediterranean world, first Greece and afterwards Rome, had about India, starts by degrees with the arrival of some ivory objects. In the time of Alexander's conquest expedition, after fantastic stories about that remote land, the real Indian things started to come in, and, not less than these stories, the elephant was cause of astonishment for Western people. A study of the attitude of the two cultures regarding the elephant gives us a good comprehension of both cultures' mentality and also of the historic situation in which the cultural contact was experienced.

KEYWORDS: India, Greece, Rome, elephant, intercultural contact